

Antonio Rubial García, *El sexo de los ángeles y de los santos. Género, religión y violencia en la construcción de la cultura occidental* (México: Siglo XXI, 2024). 352 pp.

Alicia MAYER

<https://orcid.org/0000-0002-9502-021X>

Universidad Nacional Autónoma de México (México)

Instituto de Investigaciones Históricas

amayerunam@gmail.com

Innumerables cualidades distinguen al libro de Antonio Rubial, *El sexo de los ángeles y de los santos. Religión y género en Europa y América*, publicado recientemente por Siglo XXI. En primer término, la obra que ahora reseñamos es una melodiosa polifonía que abarca poco más de dos milenios. Podríamos decir que nuestro autor nos explica magistralmente cómo se inventó el cristianismo y, sobre todo, cómo éste forjó las consciencias, las identidades locales y nacionales —toda una cosmovisión— cuyos efectos aún potentes se viven esencial e íntimamente hasta el día de hoy. Este trabajo bien podría rivalizar con el de Peter Brown,¹ en la amplitud de sus horizontes. El de Rubial podría describirse como un estudio verdaderamente holístico y ecuménico, pues su enfoque está concebido para explicar distintas realidades en el dilatado espectro geográfico del mundo mediterráneo y del norte de Europa, así como de las colonias hispanas en América. Sería, como apuntaba el gran historiador francés Fernand Braudel, un tratado que se contempla en la *longue durée*, pues no sólo analiza una amplia temática en un tiempo prolongado —más de 2 000 años de era cristiana— sino que abarca, como he señalado, el extenso territorio ya mencionado.

Un análisis de esta naturaleza sólo es posible cuando un investigador ha acumulado, en una larga trayectoria profesional y vital, un vasto bagaje de conocimiento y una particular destreza para transmitirlo de forma sencilla y comprensible, no sólo para especialistas en la historia, sino para un público en general interesado en el pasado de la humanidad. Éste es el caso de Antonio Rubial, profesor emérito de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ Peter Brown, *El primer milenio de la cristiandad occidental* (Barcelona: Crítica, 1997).



El libro se compone de la suma del amplísimo saber bíblico y patristico del especialista, además de su magistral manejo de la historia de la Edad Media europea, de su mirada crítica del mundo bizantino y del imperio romano, tanto de Oriente como de Occidente. Y, finalmente, de su profundo entendimiento del legado judeo cristiano en México y Perú durante la época colonial, temas que él ha manejado durante décadas como investigador y profesor. El libro refleja la erudición de su autor y sin duda es un corolario que informa sobre estudios previos del propio Antonio Rubial que aquí convergen para darnos idea de la magnitud que entraña estudiar la universalidad del cristianismo y su impacto en la historia de la humanidad. Nuestro autor nos permite adentrarnos en los dramáticos procesos de la Edad Media europea, que nos recuerdan a pautas señaladas por grandes especialistas de esta temática como las obras clásicas de Jacques Le Goff² o Georges Duby.³

Antonio Rubial ha sabido captar la atención de los presuntos lectores con un título singular y llamativo que despierta curiosidad. El subtítulo es, en cambio, elocuente y apunta hacia los enfoques contenidos en la obra: *Género, religión y violencia en la construcción de la cultura occidental*. La obra consta de un prólogo, cinco capítulos —cada uno con apartados temáticos— y un epílogo.

El primer capítulo titulado “La retórica del sufrimiento y de la sangre derramada”, trata sobre los aspectos filosóficos y narrativos que el cristianismo desarrolló en torno al cuerpo humano victimado y la función didáctica del sufrimiento como instrumento para alcanzar la santidad y la salvación. En el segundo, “La teología del amor o la feminización de la sabiduría”, se analiza ampliamente la espiritualidad femenina y la producción literaria de mujeres visionarias en un lapso amplio. El tercero, “Matrimonio, virginidad y roles genéricos”, uno de los más sugerentes, examina el discurso que consolidó la absoluta sujeción de las esposas a sus cónyuges, la misoginia, la visión negativa sobre la sexualidad, el valor de la virginidad, el matrimonio, la castidad y otros conceptos fundamentales sobre la idea del cuerpo en la Antigüedad y posteriormente su radical cambio en el cristianismo.

El cuarto capítulo, “Honor-violencia-justicia. Los santos varones poderosos”, se dedica al asunto de la religión y el poder, que recuerda la línea

² Jacques Le Goff, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval* (México: Gedisa, 1999).

³ Georges Duby, *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo* (México: Taurus, 1992).

planteada por Alejandro Cañeque en su reciente estudio.⁴ Rubial presenta aquí el tema de la violencia, que formó parte de los discursos cristianos desde el siglo IV, y cómo se impuso esta noción paradójica frente al llamado de paz y misericordia del cristianismo, tema que también ha tratado Jean Flori.⁵ En este apartado, Rubial analiza también la idea sobre la “pureza de sangre” y se explica qué es la “monarquía sagrada” en el contexto de la historia del papado en Occidente, entre otros temas de gran interés.

Finalmente, el quinto apartado, “El sexo de los ángeles y de los demonios. El triunfo del bien sobre el mal”, versa sobre la discusión que sobre este tema se encuentra en la tradición historiográfica. Se resalta el diferente papel que jugaron los ángeles, cómo se originó su devoción y las expresiones de culto en varios ámbitos geográficos, incluyendo Nueva España y el Perú. A todo ello le sigue un epílogo y, finalmente, una extensa y completísima bibliografía enmarca la investigación que aquí se comenta. Ésta contiene fuentes primarias, muchas de ellas muy novedosas por desconocidas. El examen que Rubial lleva a cabo de los materiales históricos es exhaustivo y esta actividad la ha llevado a cabo con rigor y organización. Lo que es más, muestra al lector a cada paso que los textos y los discursos están insertos en las circunstancias, vicisitudes y acontecimientos en que se producen.

Además de las características antes señaladas, el estudio analiza los valores centrales que han construido nuestra civilización y que siguen siendo parte de nuestra psique individual y social. Se pone de manifiesto el complejo entretejido religioso-espiritual y el social-político —y aun económico— que se gestó a partir del ubicuo fenómeno del cristianismo, uno de los componentes esenciales —si no el que más— de la cultura de Occidente. Con sus valores centrados en la obediencia, la humildad y la caridad, este sistema de creencias se vinculó con la sujeción de un poder patriarcal que impuso una moralidad y un conjunto de virtudes que había que observar.

Según Rubial, “la moral abarcaba no sólo los ámbitos privados, sino también los colectivos y los públicos pues regulaba las actividades económicas y modelaba las obligaciones políticas de los gobernantes” (p. 323). Así, la preocupación por lo sexual debía necesariamente ser tema central para quienes regulaban los comportamientos con miras a ejercer el control social. La culpa fue un poderoso vehículo para lograr la sumisión y

⁴ Alejandro Cañeque, *Un imperio de mártires. Religión y poder en las fronteras de la monarquía hispánica* (Madrid: Marcial Pons, 2020).

⁵ Jean Flori, *Guerra Santa, Yihad, Cruzada. Violencia y religión en el cristianismo y el islam* (Granada: Universidad de Granada/Universidad de Valencia, 2004).

el control. Todas las virtudes —nos explica el autor— tenían su contraparte en los vicios, para cuyo castigo estaban reservadas las terribles penas del infierno. Las vidas de los santos servían como modelos o ejemplos para los fieles, aunque su realización resultaba inalcanzable para el común de los mortales que vivían en el pecado y eran considerados enfermos espirituales.

Así, “por medio de ellos se pretendía infundir valores y prácticas morales que debían regular tanto el comportamiento individual, como las relaciones familiares, sociales y económicas entre los miembros de una comunidad y de éstos con los poderes establecidos” (p. 324). Las narraciones de las vidas de los santos fueron la manera más sutil y efectiva de introducir valores, comportamientos y sujeciones en los roles sociales y genéricos. Lo que es más, con las vidas de los santos se sacralizaban los valores masculinos —relacionados con guerra y ciencia— frente a los femeninos —maternidad y sensibilidad—. En lo que respecta a este tema, el lector puede complementar este análisis con el que lleva a cabo Peter Brown en su sugerente estudio.⁶

Una de las mayores contribuciones de este escrito es que nuestro acucioso letrado trae constantemente el pasado al presente y señala cómo muchas ideas, a fuerza de imponerse machaconamente por siglos, se convierten en ideologías cuasi permanentes, *tatuadas*, por así decirlo, en el inconsciente colectivo de las sociedades occidentales. Rubial posee una clave histórica de la que parte para explicar la realidad que analiza. Esa premisa se fundamenta en que la religión fue y es un “ingrediente totalizador que se filtraba en todos los aspectos de la vida y en todos los valores de la sociedad”. Plantea que la cultura judeo-cristiana, por más de 2000 años, ha tenido un legado conformativo —definitivo y definitorio— en nuestra identidad como mundo occidental. Nos muestra, por ejemplo, cómo, mediante el estudio de la hagiografía, se comprende que el poder —eclesiástico o secular— transmitió valores de generación en generación, a veces de forma consciente y premeditada y en otras ocasiones conforme lo obligaba la realidad —aunque no se conocían las consecuencias que estos ideales tendrían en la posteridad—. Y lo mismo ocurrió con los prejuicios, igualmente persistentes en el tiempo.

⁶ Peter Brown, *The Cult of the Saints. Its Rise and Function in Latin Christianity* (Chicago: The Chicago University Press, 1981).

Así, aún en la actualidad, nuestra misma forma de ser, actuar y pensar está condicionada por los ideales de un cristianismo triunfante impuesto desde el poder, como vehículo de guía y control. El estudio de Rubial habla de la permanencia de esos esquemas de pensamiento actuantes durante dos milenios, que se secularizaron. Increíblemente nuestra vida se rige por los valores que generación tras generación fueron transmitidos a través de las vidas de los santos. En muchos sectores de la población católica actual todos esos valores están aún vigentes.

Uno de los puntos focales de este libro se centra en la explicación del porqué de la percepción negativa de la sexualidad humana y las consecuencias de siglos de represión de la sexualidad femenina. En estos tiempos de vindicación de género, viene muy a cuento este análisis, entre otras cosas, de las razones históricas e ideológicas de la subvaloración de la mujer, machacada por siglos en las mentes de la humanidad, en que durante un enorme espectro temporal, los clérigos —parte de un sistema vertical-patriarcal— impusieron una rígida normatividad moral. En esta cosmovisión, había incluso una jerarquía patriarcal que reinaba en el cielo: un espacio donde la virgen y las santas siguen estando supeditadas a los personajes masculinos.

Rubial no soslaya los cambios que se han dado a lo largo del tiempo. En el epílogo subraya que

La razón de Estado ha suplantado la moral confesional y las monarquías han dado paso a las repúblicas. El sentido de la ganancia capitalista y sus promesas de ascenso social se han impuesto sobre la caridad y el amor que justificaba la incambiable desigualdad. La ampliación de las fronteras geográficas, el humanismo y la ciencia han abierto el mundo a la crítica, la libertad de pensar y a la tolerancia de la diversidad. La confrontación con las civilizaciones distintas a la cristiana abrió las puertas al probabilismo y al relativismo. Finalmente la literatura y el arte nos han enseñado a amar nuestros cuerpos sexuados, a disfrutar de los placeres de la comida, de la bebida, del sexo y de la belleza. A comprender la fluidez entre los géneros y la existencia en cada uno de nosotros, sea cual fuere la forma de nuestros genitales, de partes femeninas y masculinas.

Sin embargo, hay permanencias milenarias que forjan nuestra forma de ser y de pensar, que afloran en nuestros trayectos vitales y en nuestra vida comunitaria, en la manera en que entendemos el amor, la muerte, el sufrimiento, el sexo, la culpa, la ejemplaridad, el sacrificio, los sentimientos ambivalentes, el deber ser, la moral, etcétera.

Por otro lado, podría decirse que este trabajo es una aportación no solamente en el campo de la historia, sino que brinda información que refleja amplios conocimientos y metodología de otras áreas de las ciencias sociales, como la antropología, la historia de las religiones, la historia del arte y también, por qué no, de la psicología.

Es este libro, en suma, un producto finamente acabado, resultado de la madurez de su autor como uno de los más importantes historiadores de esta generación, que refleja una sólida y comprometida carrera de estudio, de dedicación al quehacer y cultivo de la disciplina histórica, de aprendizaje constante, de *veteranía*, que sólo puede consolidarse con la experiencia y la amplia perspectiva de vida que le da al historiador plenamente formado una capacidad especial de análisis.

En mi opinión, una de las grandes virtudes de este libro es que la voz del autor aflora de continuo para descubrir a sus lectores, con generosa sinceridad y franqueza, sus propias convicciones, su concepción de la vida, de los valores que abraza y de los que rechaza. Empero, esto no se comparte de manera visceral, sino de forma ponderada, siempre con apoyo en la premisa tan cara al historiador de que es el legado del pasado el que inevitablemente se impone en nuestra situación presente.

Viene al caso repetir aquí las palabras de Edmundo O’Gorman cuando advertía que el pasado no nos ha pasado, sino que nos ha constituido. Muchos de nosotros lectores nos sentiremos identificados y, en cierto sentido, aliviados, al comprender el origen de nuestros valores sociales, religiosos o culturales pero también de nuestros prejuicios, mitos y estereotipos. Sólo cuando cobramos consciencia plena de la realidad es que podemos cambiarla. Por ello, la obra de Rubial es de gran actualidad. Se nota que él buscó explícitamente mostrar cómo en el devenir, en el pasado, están las bases de por qué somos como somos y pensamos como pensamos.

Tanto así que estos modos de pensamiento y modelos de conducta incluso se hacen vigentes en la realidad nacional del México de hoy, con su deterioro social y moral, que tiene por punto inicial una larga serie de cambios históricos desde las primeras eras del cristianismo, puestos en ocasiones en marcha en función de intereses de los grupos dominantes, con intenciones y ambiciones desconocidas, y ajenas a las de la mayoría de la población receptora, inmersa en sus problemas de diaria supervivencia y vivir ordinario. Incluso la violencia, un aspecto contrario al deber ser en el discurso cristiano primigenio, tiene su antagónica justificación en dichos intereses, arropada en el seno de planteamientos religiosos y morales. Se

trata de una violencia que en nuestro país se ha vuelto algo cotidiano e incluso se ha normalizado.

Por todo lo anterior, en resumen, la obra de Antonio Rubial abre de par en par las puertas para entender, a través de la historia, cómo se fraguaron ideas conformativas del ser occidental —nuestro ser cultural— para dar espacio a la comprensión y a la tolerancia.

REFERENCIAS

- Brown, Peter. *The Cult of the Saints. Its Rise and Function in Latin Christianity*. Chicago: The Chicago University Press, 1981.
- Brown, Peter. *El primer milenio de la cristiandad occidental*. Barcelona: Crítica, 1997.
- Cañeque, Alejandro. *Un imperio de mártires. Religión y poder en las fronteras de la monarquía hispánica*. Madrid: Marcial Pons, 2020.
- Duby, Georges. *Los tres órdenes o lo imaginario del feudalismo*. México: Taurus, 1992.
- Flori, Jean. *Guerra Santa, Yihad, Cruzada. Violencia y religión en el cristianismo y el islam*. Granada: Universidad de Granada/Universidad de Valencia, 2004.
- Le Goff, Jacques. *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*. México: Gedisa, 1999.